

Doris Lamus Canavate*

La escritura y el feminismo en mis relatos de vida



* Socióloga, Magtr. en Ciencias Políticas. Dra. Estudios Culturales Latinoamericanos. Socia fundadora Fundación Mujer y Futuro, Bucaramanga, Colombia.

“... si hay un aspecto que sobresale por encima de todos los demás en estos últimos años es la rotunda ruptura del silencio de las mujeres en todo el mundo”

Nuria Varela,
Feminismo 4.0

El término feminismo no ha sido de los más agradados en su historia y aquí no voy a remontarme en el tiempo, solo recordar algunas ideas sueltas acerca de qué se ha entendido por feminismo y/o quiénes son o no feministas en décadas recientes. Una de estas se resume –en mi comprensión en tono irónico–, en el *feministómetro*. Este dispositivo es una especie de medidor cuantitativo del ser feminista, según algunas características, imaginarios, filiaciones ideológicas y, en el peor de los casos, como criterio para incluir o excluir, desde adentro del propio movimiento feminista, a algunas, pocas, muchas, militantes, simpatizantes, participantes. Además, en el uso del aludido instrumento, en plan de burla, también en serio, juega su papel el contexto en el que se aplica, si se trata de un encuentro feminista internacional, por ejemplo, así como uno muy local, marcado por las facciones y partidos políticos y sus confrontaciones.

Hay quienes afirman que el feminismo es como cada una lo siente, lo cree; o que el feminismo es *con* los hombres, aunque no faltará quien diga que es *contra* los hombres. También hay quienes creen que las feministas deben hacerse cargo de todos los problemas del planeta, algo así como tener una agenda abierta, cual madre acogedora y cuidadora. Y, por supuesto, quienes defienden una agenda cuyo núcleo duro es la lucha histórica de las mujeres por la derrota del patriarcado, reconociendo los cambios según los tiempos y los contextos, sin perder de vista ese proyecto central, sin diluirlo en o desplazarlo hacia otras

luchas, más bien construyendo e identificando alianzas estratégicas.

Si bien en tiempos pasados cuando el feminismo no era popular, ya era por lo menos complicado reconocer quiénes eran o no feministas, a partir del presente siglo con la irrupción de la cuarta ola y la emergencia de multitudinarias manifestaciones en todo el planeta, el feminismo se ha hecho fenómeno de masas y todo el mundo quiere ser feminista. Esto, sin embargo, complica más la identificación o definición del ser feminista. Hoy, aquellas referencias siguen siendo válidas y se pueden encontrar muchas otras, desde aquellas jóvenes que irrumpen, vandalizan, destruyen, edificaciones y servicios públicos o intentan incendiar iglesias, hasta quienes debaten si es un gesto genuinamente feminista depilarse el cuerpo o, por el contrario, lucirlo en su natural esplendor. Y muy seguramente habrá otras tantas formas ya no de identificarse como tal, sino de creerse más feminista que las demás.

Sí, la libertad de trasegar por unos u otros caminos es nuestra, de cada una. Pero, no estamos hablando de un evento efímero o casual. Pese a todas las controversias internas, personales y políticas, las feministas tenemos un proyecto, un legado de tres siglos –teórico y político– que proteger para las próximas generaciones porque lo que pretende transformar el feminismo no cambia si me visto a la moda o descuido mi apariencia. Eso en sí mismo, no tiene que ver con el feminismo, aunque tengamos *nuestro estilo*, según las épocas, edades, generaciones.

Quiénes llevamos buena parte de nuestra experiencia de vida militando y aprendiendo a interpelar el mundo desde el feminismo, hemos presenciado y

transitado por un par de etapas (olas), de las cuales hemos participado con el discurso y las prácticas políticas utilizadas en cada momento y contexto. Dicho esquemáticamente, pensemos en el *feminismo radical* de los 60/70 del siglo XX con sus campos en conflicto y el encuentro de esas múltiples fuerzas políticas feministas con el tránsito al siglo XXI. A este escenario de ingreso a la primera y segunda década de este siglo hemos dado en llamarle *la cuarta ola*.

Esta periodización se sustenta en lo que he argumentado en mis artículos (Lamus, Doris, 2020, 2022) y posteriores lecturas, pero como acostumbramos a hacer las feministas, es bueno seguir escudriñando a ver qué más contiene (Varela, Nuria, *Feminismo 4.0 La cuarta Ola*, 2019). Es en este contexto histórico y telón de fondo en el que he vivido mi feminismo. Un feminismo sin adjetivos, teórico y práctico, difuso y confuso, nunca acabado, pero meridianamente ubicado en lo que creo: En el proyecto feminista de transformación de este mundo patriarcal.

Si la pregunta de inicio fuese ¿cómo a lo largo de mi vida voy tomando conciencia de mi ser feminista? es inevitable hacer referencia a la importancia de la escritura en mi existencia y su emergencia temprana en el entorno en el cual crecí y me formé como mujer y, no precisamente por abundancia, más bien por escasez. Creo que sin esta conquista mi vida habría sido otra, al igual que las de muchas mujeres de mi generación. La escritura se convirtió en medio y fin de mi propia superación.

Como sostiene Michelle Perrot en *Mi historia de las mujeres* (2008, p. 17), estamos narrando unas historias de un período muy importante en el cual rompemos un silencio de siglos impuesto a las mujeres. Perrot ha destacado el significado de la emergencia, en principio, de historiadoras y filósofas quienes desvirtúan el antiguo paradigma patriarcal de las ciencias, las artes y del conocimiento. Además, desde una perspectiva inédita, comienzan a hacer *una lectura y escritura* del mundo con criterio, sentido y visión

femenina, en nuestro caso, feminista. Así, escribir desde nuestras propias experiencias a partir del siglo XX fue y es *un evento histórico, absolutamente revolucionario*. Para entonces (medio siglo XX), fueron cambiando las circunstancias, los contextos, y las mujeres nos convertimos en testigos conscientes y actuantes de estas transformaciones.

De este modo, “nació una historia de las mujeres de la que ellas fueron la materia prima, a la vez objeto y sujeto del relato” (Scott, J. p. 32). Es lo que ha hecho el feminismo y nos ha hecho feministas en la práctica. Hoy, iniciando el año 2024 del siglo XXI, sigue siendo riesgoso leer y escribir en muchos lugares del planeta y algunos patriarcas que controlan países y extensas regiones de él, prohíben a mujeres y niñas aprender a leer y escribir, bajo amenaza de encierro, tortura y muerte. Formarse en una disciplina, hacerse profesional o científica es aún en esos países, un pecado o un delito, seguimos siendo un peligro para el poder patriarcal. Por ello, como sabemos, hay que estar alerta, ninguna conquista está garantizada *per se*.

Nací a mediados del siglo XX en Barranquilla. Aprendí mis primeras letras con mi madre, a su lado, mientras ella planchaba, yo escribía las vocales en una tabla, con tiza, tendría 5 años a lo sumo. Cuando ya fui a la escuela, y aprendía rápido, empecé a entender que había que trabajar para tener ingresos propios, sin comprender aún que las mujeres teníamos otro mandato de la cultura. Eso quedó instalado en mi conciencia y aunque tocó aprender y ayudar en los oficios de la casa, e igual me gustaban las muñecas, jugar al papá y la mamá y al sancóchito, no fui “Susanita”. Ya en la preadolescencia, jugábamos con los chicos de la cuadra en Barranquilla, con mucha libertad, sin temores. En el colegio escribía cosas para las tareas, me resultaba fácil y me iba bien. Por esas cosas de la vida, sobre todo económicas, más aquella idea instalada en mi ser, empecé a trabajar. A los 18 años era la secretaria del secretario de Hacienda del Municipio de Barranquilla. Ya para

entonces tenía una habilidad no solo para transcribir cosas, sino para redactar. “Conteste este oficio”, “dígame al fulano que tal cosa” y rara vez me devolvían un trabajo.

También pasé por la historia de la tecnología para la escritura de entonces, las máquinas Remington, grandes y duras, las primeras eléctricas Olivetti que parecían metralleras y las IBM, magníficas para esos tiempos. También pasé por la tecnología en uso para la reproducción de textos, como la de “picar estencil” en la máquina de escribir eléctrica sin la cinta y luego llevar a un aparato de manivela con tinta que reproducía las copias requeridas. Pero trabajar de “simple secretaria”, como solían decir quienes ya eran abogadas, producía malestar, entre tristeza y rabia. Así que una vez tuve un ingreso que lo posibilitaba, me presenté a admisiones en la Universidad Autónoma del Caribe, en jornada nocturna y allí cursé el programa de Sociología (becada desde el tercer semestre por buen promedio).

Trabajaba de día y estudiaba de noche, hasta que, al cabo de 7 años de trabajo en la Alcaldía, me quedé sin empleo. Por fortuna, ya estaba terminando la carrera de Sociología y haciendo mi tesis. Y cuando menos pensé, estaba dictando clases en la misma universidad.

Mi inicio temprano en el trabajo y llegada tardía a la U me ubicó en un espacio del todo desconocido en el que la militancia política era muy valorada. Sin embargo, no tenía experiencia, ni militancia alguna. No había nada cercano que me orientara en ese sentido. Vivía en un hogar de clase media y una familia extensa en la que era la primera en aspirar a estudiar en la universidad.

Desde preadolescente me incomodaba ese asunto de pedir plata al papá para todo, así como la dependencia de mi madre, su rutina con la cocina y el mercado. Así que, pese a vivir en la casa paterno-materna y, por supuesto, estar sometida a la autoridad del

padre, trabajaba desde joven, ¡tenía mi plata! aunque fuera poca. Cubría mis gastos personales y ayudaba a pagar el recibo de teléfono que me asignó mi padre para inculcarme el sentido de la responsabilidad, según decía. Él, a pesar de que era un hombre santandereano, retirado de la Armada Nacional, nunca se opuso, más bien me ayudó a forjar ese camino elegido de trabajar de día y estudiar de noche. Prácticamente, yo iba a la casa solo a dormir y madrugaba a trabajar.

Aunque consideré un rezago en mi vida académica el trayecto laboral, en retrospectiva, observo hoy algunas ventajas sobre mis compañeros de aula debido a mi precoz experiencia laboral. Para mí fue relativamente fácil asumir muchas de las tareas académicas requeridas. Rápidamente fui aprendiendo y aprehendiendo todo lo que me ofrecía la U. Mi más temprana adquisición fue en los cursos de metodología. Aprendí los criterios y normas de la escritura académica, los apliqué a mis tareas, ensayos y similares, más los seminarios de investigación y los cursos de teorías.

Sin que fuera fácil, me encontré a gusto en un mundo del todo desconocido hasta entonces y la interacción humana con gente joven me cambió la película de mi propia vida. En este trayecto, mi principal influencia teórica y política fue el marxismo. Me inicié como profesora en metodologías de la investigación (línea que seguí explorando), luego con Marx I y Lógica dialéctica.

Todo aquello me dio las bases de una formación a largo plazo en cuyo centro estuvo la escritura y con ella la indagación teórica y empírica (los movimientos sociales, estudiantil, obrero y campesino, de mi interés y tema de tesis de sociología), también ancladas en mi conciencia política. Pero, “como el amor llega así de esa manera y tú no te das ni cuenta”, muy pronto me encontré casada, viviendo lejos de casa, en Santander y con mi primera hija. Sin embargo, no había cumplido ella su primer año cuando me fui a trabajar en docencia por horas en una universidad

privada, la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB). Ganaba tan poco que no alcanzaba para pagar a la chica que cuidaba a la niña mientras iba por las noches a mis clases. Pero no había de otra, aquello fue “mucho trabajo y poco sueldo” para mi compañero y más para mí. Pero el enganche laboral en la universidad fue necesario y definitivo para retomar la trayectoria laboral iniciada en Barranquilla.

En aquellos tiempos, en los medios universitarios, la gente se preguntaba...” Y la sociología, ¿para qué”?, sin embargo, el mismo título que le dio acceso a mi compañero como docente de planta en la Universidad Industrial de Santander, a mí no me sirvió ni para una plaza en la biblioteca. Fue también muy despectivo el trato conferido a mi solicitud de empleo en una Caja de Compensación de la ciudad, “aquí se necesita gente práctica”. No obstante, siempre hubo para mi formación algún espacio propicio en el que aprendía mucho, así preguntaran por el quehacer de la sociología.

Una de esas experiencias ocurrió avanzados los 80, antes de que existiera Colciencias y las revistas indexadas, en la UNAB encontré un nicho favorable. Junto con otros profesores, varones todos, creamos las primeras revistas por Facultades de la U. Allí aprendí a diseñar revistas en forma y contenido, a escribir artículos y a enseñar a otros colegas a hacer lo propio. Aún no teníamos computadores, finalizaban los 80 e iniciaban los 90.

Trabajaba en una Facultad de Educación, me desempeñaba como Coordinadora de investigación y dictaba clases de Sociología de la familia y de la infancia y Problemas sociales nacionales. Junto con la vivencia personal de ser madre trabajadora, en mi caso sin redes familiares de apoyo en Bucaramanga, era inevitable cruzar mis malestares, mis reflexiones personales impregnadas de marxismo -la división sexual del trabajo- con la literatura que entonces encontraba en librerías, bibliotecas y hemerotecas (ni soñar aún con internet y sus ventajas).

Muchas profesoras de distintas disciplinas, sobre todo de la Universidad Nacional de Colombia, estaban escribiendo, investigando y publicando, particularmente acerca de la familia, pero también sobre la legislación existente en Colombia con respecto a la condición jurídica de la mujer. Muchas estaban como yo, cuestionando la doble y triple jornada, las diferencias salariales, la autonomía, la autodeterminación y la violencia que se ejercía contra las mujeres pero que poco se mencionaba. Todo ese sedimento se conjugó en *mi ser feminista primigenio*. No cambié mi apellido en la cédula, nunca fui “de tal”, como fuera, mantenía una relativa autonomía económica y un agudo juicio crítico, racional, también autocrítico.

Así, los primeros artículos surgieron de esos malestares y, del encuentro invaluable con otras mujeres afines en edad, situación, ocupación y preocupación, surgió un grupo que se convirtió en la primera organización de mujeres pensada y realizada para las mujeres: La Fundación Mujer y Futuro (1988), con el madrinazgo de Magdalena León, socia honoraria actualmente. Este fue el segundo nicho de mi formación y trayectoria, hasta el día de hoy.

Para entonces era algo así como “pecado” ser feminista. No imagino qué pasaba por la cabeza de la gente frente a esa palabra. Incluso en las charlas que hacíamos con Mujer y Futuro en las fechas emblemáticas, la escasa asistencia masculina, maestros en su mayoría, decían sentirse “agredidos” con nuestras posturas frente a la violencia en la calle y en la casa. Para algunos colegas las feministas éramos “unas viejas bigotudas y piernipeludas que odiábamos a los hombres”. Hasta mucho tiempo después, ya iniciado el siglo XXI, era frecuente que muchas mujeres se definieran como “defensoras de los derechos de las mujeres”, o “*experta en género*”, pero no feminista. O feministas con algún apellido (Lamus, Doris, 2010, De la subversión a la inclusión). Solo muy recientemente, con el auge de las TICS y “la cuarta ola”, *todas, todos y todes* quieren ser no solo feministas, sino más feministas que las demás.

Desde la FMF afiné y agudicé mi formación ahora en la teoría feminista y en la conciencia de lo que implicaba en la propia vida serlo. Empezamos a escribir sobre los asuntos que nos agobiaban, en la prensa local, en el suplemento dominical de Vanguardia Liberal, para el 8 de marzo, el 25 de noviembre y en algunas coyunturas como la creación de las primeras Comisarías de Familia en Colombia (Decreto 2737, 1989). Fue un importante espacio para la divulgación y el debate público de los problemas que afectan a las mujeres en general, feministas o no y, por tanto, a la sociedad y a la cultura santandereana, bien estudiada entonces por Virginia Gutiérrez de Pineda, en *Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal: el caso de Santander* (1988) y confrontada por nosotras en la vida cotidiana.

También nos leían las profesoras feministas de la capital y hasta usaban alguna vez nuestros artículos en sus clases y talleres. De hecho, ingresamos activamente a las redes nacionales y regionales de organizaciones feministas, así como a ser reconocidas por las académicas y a participar en diversos eventos y encuentros. Seguía escribiendo para otras publicaciones locales o nacionales, además de la *Revista Reflexiones* que había creado años atrás en la Facultad de Educación y que mantuve hasta el año 92, cuando viajé a Quito, a estudiar una Maestría en Ciencias Políticas en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Flacso-Ecuador.

¿Cómo fue aquello? En realidad, nada planificado. Un día, con uno de esos malestares que nos atraviesan, decidí estudiar una maestría. No sabía dónde, ni en qué, ni con qué, pero si no era ya, no iba a ser nunca, tenía 40. Mi compañero ya estaba pensando en su doctorado cuando le dije: pare ahí que ahora me toca a mí. Como mandada de las estrellas encontré en una escondida cartelera de la UNAB una convocatoria para 5 maestrías nuevas en la Flacso (1993-1995), con beca de matrícula y estipendio. Conté con la comprensión y el respaldo que se requería por parte de la familia para tomar la decisión.

Y allí llegué, con marido y dos hijas de 15 y 13, sin haber salido nunca de casa sola, muy entusiasmada y lo mismo de asustada. Estuve dos años de tiempo completo y dedicación exclusiva a estudiar y aprender, lo cual no fue fácil, pero lo logré. Para mi familia y para mí fue una incomparable experiencia, un sostenido ejercicio de autonomía que, en mi caso, había empezado con los dos largos años de la maestría de mi consorte. Él debió aprender a comprar toallas higiénicas, a lidiar con el primer novio, entre otros asuntos de las hijas.

Fue más complicado negociar con la universidad donde llevaba 12 años de trabajo. Lo mejor que logré fue una escisión de contrato (sin sueldo y sin cotizar a la seguridad social), solo con la oferta de reenganche al volver con el título. Con la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) obtuve un pasaje de ida y el pago del de regreso con cargo al presupuesto familiar.

Nuevamente, leer y, sobre todo, escribir, fueron fundamentales en ese proyecto, así como mis bases de sociología e investigación; sin embargo, la competencia era muy fuerte, había que mantener el promedio en el primer año para continuar con la beca en el segundo. Nos dieron ingreso con beca a 10 hombres y 10 mujeres porque era criterio de la Dirección de Flacso entonces en cabeza de Amparo Menéndez-Carrión. Ellos, los compañeros, se ganaban el reconocimiento por el verbo, la carreta, y algunas de nosotras por la consistencia expresada a través de la escritura en los ensayos, aunque alguno de ellos se lo atribuyera a las bonitas piernas que las chicas tenían.

Buen número de los compañeros, hombres y mujeres, estaban recién graduados de sociología y otras disciplinas, con no más de 25 años y eso en realidad me acobardaba. Pero, allí estaba esa experiencia, mi conocimiento y juicio crítico feminista, el cual me ratificaba lo imbricado que estaba en la filosofía, en las ciencias sociales y políticas, el pensamiento patriarcal, su falogocentrismo (como había aprendido

leyendo a Derrida), por más que se autodenominaran “críticas”. El Hombre Universal y Abstracto presidía el discurso de los maestros y, por supuesto, de la bibliografía institucional.

En todo caso, lo más difícil estaba por ver, volver a la realidad laboral. La reinserción se dio tal como me habían ofrecido, pero allí donde había trabajado por muchos años, no había lugar para mí en el sentido de un quehacer específico. Si antes no sabían para qué una socióloga, ahora dirían ¡y además politóloga! Si, tal vez estaba en el lugar equivocado. En la maestría había aprendido a manejar el computador, una cuenta de correo electrónico y lo básico de las nuevas tecnologías, lo cual añadía un plus a mis destrezas y experiencia en la escritura y la investigación. Sin embargo, allí estaba, atorada como corcho en remolino.

No obstante, escribía para las revistas de la U, para Vanguardia y para mis clases. Fue la década de los 90, de la nueva Constitución Política (1991), contexto en el cual asuntos como *La formación de ciudadanos* (Revista *Educación y Cultura* No. 26, Fecode, mayo de 1992, p. 49), estaban en la agenda política del momento. Estábamos conociendo el catálogo de derechos de la Constitución, descubriendo la tutela como instrumento para el ejercicio de derechos individuales y, por esta vía, muy interesada en *la ciudadanía*, central en mi tesis de maestría (1996), tanto en la formación para su ejercicio, como en *los derechos ciudadanos de las mujeres* (1999). *El trabajo femenino y su invisibilidad* también estuvo entre mis preocupaciones (1998). La política, lo político, las relaciones de poder y el maestro Foucault me acompañaron un buen trayecto de esta etapa de mi experiencia, con las consecuentes dudas y contradicciones.

Un buen día se me apareció otra estrella, nada fugaz en mi vida. Yolanda Puyana Villamizar estaba conformando equipos de investigadoras para presentar un proyecto a Colciencias y me quería para hacer el trabajo de Bucaramanga sobre *Representaciones Sociales de la Maternidad y la Paternidad en*

5 ciudades colombianas, con enfoque de género. ¡Por fin! Encontré una ubicación en la que podía aportar mucho de mi experiencia en investigación y de mi formación feminista.

Fueron cerca de tres años estudiando, aprendiendo, aportando, haciendo entrevistas, procesando información con dispositivos electrónicos y escribiendo, con un equipo de profesoras increíble de la Universidad Nacional de Bogotá, la del Valle, la de Cartagena y la de Antioquia. Había empezado ya un período de la escritura sometida al escrutinio de la academia, los grupos de investigación, su clasificación, las publicaciones en revistas indexadas y todo lo que siguió. Mi experiencia académica se hizo atractiva para la universidad en la que siempre trabajé y me ofrecieron un espacio en el Instituto de Estudios Políticos (IEP) cuando aún estaba en pleno proceso el proyecto de Maternidad y Paternidad.

En el IEP se hizo posible desarrollar proyectos y escribir sistemáticamente para una revista *Reflexión Política*¹, y otras por convocatoria, así como obtener financiación básica para hacer investigación empírica, también por convocatorias. A la investigación sobre Maternidad y Paternidad en cinco ciudades colombianas (que marcó un hito en los estudios ya no sobre la institución familia, sino sobre las representaciones sociales y el ejercicio de ser padre o madre en distintos tipos de hogares), siguió una productiva tarea de investigación, ahora sobre las organizaciones de mujeres y feministas en Colombia.

En este punto de mi vida había criado a las hijas, escrito los libros, mantenía mis vínculos con la FMF, el trabajo de investigación no dejaba tiempo libre. Pero no estaba contenta del todo. Esta vez llegó mi estrella en un aviso de prensa que ofrecía un programa de Doctorado en Estudios Culturales

1 <https://revistas.unab.edu.co/index.php/reflexion/search/authors/view?givenName=Doris&familyName=Lamus%20Canavate&affiliation=Instituto%20De%20Estudios%20Pol%C3%ADticos&country=&authorName=Lamus%20Canavate%2C%20Doris>

Latinoamericano, en Quito, en la Universidad Simón Bolívar (UASB) con posibilidades de beca y alojamiento.

Allí llegue con una propuesta para estudiar la formación de ciudadanía con estudiantes universitarios. Sin embargo, la directora de programa, Catherine Walsh, me cuestionó ¿Por qué quieres estudiar esto si tienes una trayectoria muy interesante con mujeres y feminismo? Es un tema que interesara a mi universidad, le dije, pero puedo continuar en mi línea con mujeres y feminismo, claro que sí. Me dio un día para cambiar el proyecto y al día siguiente estaba listo. De ahí salió lo que luego, con todos los cambios realizados en su desarrollo, fue mi tesis doctoral, la cual dediqué a explorar los movimientos de mujeres y feministas en Colombia (1975-2005), con un énfasis en lo regional que devolvía un poco de lo recibido a Santander y la región Caribe. Publicado en 2010 por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH, es hoy un valioso insumo para el estado del arte del movimiento feminista en Colombia.

Creo prudente contar aquí que nunca cursé estudios de género o algo parecido, en esto soy autodidacta, aprendí con mi trabajo de investigación, un tanto solitario. Tuve muchas jefas mujeres, eso sí. Pero en mis estudios de posgrado, nunca estuve en un aula de solo mujeres, tanto en la maestría como en el doctorado compartí espacios y debates con hombres y mujeres de distintas edades, nacionalidades, militancias y posiciones políticas. Nunca había algo así como “comité de aplausos” y hacer liga con las mujeres era algo que surgía sin proponérselo. Lo más valioso fue cómo los temas de interés de los y las compas se nos volvieron familiares. Y esta experiencia de gente casi toda mayor proponiéndonos su cuento o cuestionando el del otro/otra, fue de una incomparable riqueza.

Llegar a los 50 a sentir que te mueven el piso, literalmente, era tal vez lo que necesitaba para aguantar

otros años antes de la próxima crisis existencial. Pero yo estaba en mi línea y todo cuestionamiento abría el camino a otras reflexiones necesariamente constructivas. En muy buena medida, la producción escrita a partir de la propia tesis (ver infografía) lleva los trazos de mi apertura a nuevas preocupaciones intelectuales, políticas y personales. La confrontación con el viejo legado marxista se sacudió junto conmigo y la política de la cultura, la crítica a la modernidad y al eurocentrismo, tomaron su lugar en una especie de palimpsesto personal.

Otra vez hubo que negociar con la universidad los seis meses en dos años que tenía la presencialidad en el Doctorado en Quito. Pero esta vez tenía mi lugar en el IEP, bajo la dirección de Lya Fernández de Mantilla, así que tanto la producción previa como la que surgió a partir del Doctorado, pudo desarrollarse institucionalmente. También con múltiples maniobras en las cuales las amigas feministas fueron lo primordial, logré publicar algunos de aquellos libros, como *El color negro de la sin-razón blanca*, dedicado a los procesos organizativos de las mujeres afrocolombianas, en el que Luz María Díaz y Maura Nazly Mosquera brindaron apoyo fundamental y posibilitaron la presentación y divulgación del libro en Cali, Cartagena y en las redes nacionales de mujeres.

Años antes había librado la lucha para la publicación de la tesis que, finalmente, se logró gracias al apoyo del Icahan y de personas que apenas me conocían en principio, pero que hicieron posible aquella publicación y su lanzamiento en la Feria del Libro en Bogotá en 2010. Mi reconocimiento y gratitud por la calidad de su trabajo. La portada fue un obsequio de la pintora Santandereana Clemencia María Hernández Guillen, cuya obra y la mía están juntas desde entonces.

En el inicio de año 2015 falleció nuestra madre en Barranquilla y al volver de vacaciones a la U. no tenía proyecto para presentar ese año, no había tenido

cabeza para nada. Sin embargo, era condición para la contratación. Me esmeré en hacerlo y cumplir, pero no había entusiasmo en mi ser. Llegó el principio del fin y en abril me retiré de la U. Allí quedó ese espacio vacío luego de 35 años, disponible para las nuevas generaciones. La verdad... fue el acto de liberación más contundente realizado hasta hoy. Mi desinstitucionalización.

Continué unas clases de maestría en Intervención Social con la Universidad Industrial de Santander y con la del Atlántico, a quien reconozco su respaldo y amistad, con el programa de Estudios de Género y Violencia intrafamiliar, dirigido por Rafaela Vos Obeso, me reinserté parcialmente a la FMF y en la pandemia recogí y publiqué algunas tareas que había desarrollado desde mi desvinculación de la UNAB. De alguna manera había seguido con mi ejercicio de escritura, ahora intentando aprender a escribir breve y “menos académico”. Algunos artículos, escritos para la crítica y las principiantes indecisas, quedaron de esta última cosecha (ver infografía, 2020, 2021, 2022), con el apoyo financiero de la FMF y el reconocimiento, para su publicación.

Hemos empezado a cerrar el ciclo y esta es una de las últimas puntadas. Estamos, sin embargo, en un período de confrontaciones frente a una avalancha de disparates existentes no sólo entre feministas, sino entre extremismos de distintas procedencias, copando espacios y usurpando luchas. Quizás sea el momento de pensar en el *cuidado de sí*, en esta genealogía personal.

Febrero 17 de 2024
Piedecuesta, Santander, Colombia

Referencias bibliográficas

Lamus Canavate, Doris. (2022), *Genealogías de los feminismos. Olas, corrientes, debates*. Fundación Mujer & Futuro. Bucaramanga

Lamus Canavate, Doris. (2021), *El siglo de las mujeres, Reflexiones en clave feminista*. Fundación Mujer & Futuro, Bucaramanga.

Lamus Canavate, Doris. (2020), “La irrupción de una nueva ola feminista ¿La cuarta ola?” *Revista La Manzana de la Discordia*. Vol. 15, No. 2, 2020

Lamus Canavate, Doris. (2012) *El color negro de la (sin)razón blanca: el lugar de las mujeres afrodescendientes en los procesos organizativos en Colombia*: Universidad Autónoma de Bucaramanga, Bucaramanga, Colombia.

Lamus Canavate, Doris. (2012 b) “Raza y etnia, sexo y género: El significado de la diferencia y el poder”. *Reflexión Política*, Vol. 14, No 27, pp. 68 – 84.

Lamus Canavate, Doris. (2010) *De la subversión a la inclusión. Movimientos de mujeres de la segunda ola en Colombia, 1975-2005*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH.

Lamus Canavate, Doris. (2010b) San Basilio de Palenque siglo XXI: lengua *ri palenge* y Proyecto Etno-educativo. *Revista Reflexión Política* (24), pp. 86-99.

Lamus Canavate, Doris. (2010a) Negras, palenquera, afrocartageneras: Construyendo un lugar contra la exclusión y la discriminación. *Revista Reflexión Política* (23), pp.152-166.

Lamus Canavate, Doris. (2009c) La transgresión de la cultura patriarcal: movilización feminista en Colombia (1975- 1995) Revista *La Manzana de la Discordia* (2), Universidad del Valle, pp. 82.

Lamus Canavate, Doris. (2009b) Localización geohistórica de los feminismos latinoamericanos”, *Revista Polis* No. 24, diciembre 2009, Universidad Bolivariana, Santiago de Chile.

Lamus Canavate, Doris. (2009a) Mujeres negras/ afrocolombianas en los procesos organizativos en Colombia: un aporte al estado del debate. *Revista Reflexión Política* (21), pp. 108-125.

Lamus Canavate, Doris. (2008a) El lugar político de las mujeres en el movimiento negro/afrocolombiano. *Revista Reflexión Política*, (20), pp. 237-257.

Lamus Canavate, Doris. (2008b) La agenda de Naciones Unidas para “la Mujer”. *Revista Polis*, (20).

Perrot, Michelle (2008), *Mi historia de las mujeres*, Fondo de Cultura Económica, México, 2008.

Scott, Joan. (1990). El género: una categoría útil para el análisis histórico. en James Amelang y Mary Nash (eds.), *Historia y género*, (pp. 23-56). Valencia:.

Alfons el Magnanim. Varela, Nuria (2019) *Feminismo 4.0. La Cuarta Ola*, Ediciones B, España.



Aeropuerto Palonegro, Viaje a Quito, 1993
Foto de Luz Iriane Lamus